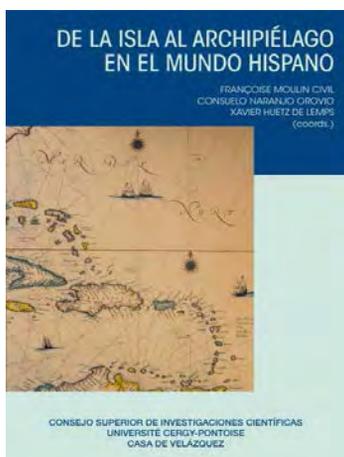


De la isla al archipiélago en el Mundo Hispano*

Françoise Moulin Civil, Consuelo Naranjo Orovio y Xavier Huetz de Lemps (Coords.).



FRANCISCO ORREGO**

Durante las dos últimas décadas los historiadores han comenzado a poner mayor atención a los problemas históricos relacionados con el territorio y las migraciones de grupos humanos. A pesar que los términos son relativamente nuevos, los 90's vieron cómo la "historia transnacional" y la "historia global" (o mundial) se posicionaba,

* 2009. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Université Cergy-Pontoise-Casa de Velázquez. 272 páginas.

** Instituto de Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Austral de Chile, Isla Teja s/n. E-mail: orregofco@gmail.com

aunque de manera tibia, en la comunidad de historiadores asociada a los estudios sobre el multiculturalismo. Este enfoque, siguiendo al historiador David Thelen, rescata el énfasis en el movimiento de personas, ideas, objetos, tecnologías, etc., a través de fronteras en un momento posterior al período donde se vio el surgimiento del Estado-Nación. Así, el territorio comenzaba a posicionarse como un actor histórico y cultural. Y fue la historiografía anglosajona, como ya viene siendo costumbre, la que se adjudicó cierto liderazgo en el desarrollo de este tipo de estudios.

El libro que aquí reseñamos, *De la isla al archipiélago en el Mundo Hispano*, viene a cubrir, en parte, este inexplicable vacío dentro de la historiografía hispanoamericana. Vacío que parece aún más flagrante si consideramos que la historia sobre el Nuevo Mundo, especialmente entre los siglos XVI y XIX, siempre ha estado plagada de relatos sobre la geografía y los seres humanos y no humanos que la habitaban. Los diecisiete artículos que componen el libro se reúnen en torno al análisis de las *culturas isleñas y archipiélicas* de territorios tan heterogéneos como semejantes, como son los archipiélagos del Caribe y Filipinas hasta New Jersey pasando por Madrid. Cuestionándose sobre la fragmentación o la unidad que define estas culturas, la mayoría de los autores analizan el archipiélago como un espacio con un estatus intermedio (incluso mediatizado), reflejando todo el interés económico y geopolítico que despertó este tipo de territorios durante los siglos XIX y XX. Tal como observan los compiladores, los diferentes artículos que enlazan a discursos políticos y a la situación colonial, revelan cómo la geografía fue cobrando un rol fundamental en los discursos nacionalistas de las colonias durante las experiencias independentistas.

El proyecto de construcción de las nuevas naciones americanas, tras la crisis monárquica de 1808, recurrió con especial interés a la geografía como discurso, pues un elemento como el territorio les permitió a las nacientes elites políticas establecer las diferencias necesarias para soportar el nuevo proyecto político. Es decir, la geografía pasó a ser uno de los recursos retóricos de la cultura política en los procesos de construcción de la Nación de las jóvenes repúblicas americanas. Luis Miguel García Mora describe en su artículo “Los anclajes de la nación. La geografía en el discurso del *autonomismo* cubano” cómo el autonomismo, una ideología que nace en el último cuarto del siglo XIX en Cuba, recurrió a la geografía para argumentar sus reivindicaciones políticas. Para el autor, una geografía distinta de la española constituía

el mejor argumento para amparar y legitimar un gobierno propio, pues “constituía la mejor manera de justificar el derecho al autogobierno” (2009: 220).

Así, el conocimiento del territorio se convirtió en un atributo fundamental para definir la identidad cultural. En otras palabras, la geografía tiene toda esa fuerza metafórica para poder representar a la sociedad, pudiendo convertir “en archipiélago un territorio continental” (2009: 11). Todos los autores coinciden que primero la isla, y luego el archipiélago, son espacios donde se cuajan culturas, economías e identidades originales. Incluso más: “son metáforas y símbolos recurrentes utilizados por sus intelectuales para definirse” (2009: 10). Por tanto, el archipiélago es un espacio histórico y dialéctico, unitario y heterogéneo a la vez.

Más allá de las propuestas interpretativas sobre los diversos territorios de los autores, nos parece que lo más interesante del libro es la *globalidad* que se desprende de los enfoques. El predominio del enfoque cultural y transnacional por parte de la mayoría de los autores, hace que el mar, esa gran masa natural que limita la isla y el archipiélago, se vea rebasada y las sociedades se extiendan hasta el continente. Como observan los compiladores: “Y es allí donde la unidad cobra fuerza y es capaz de presentarse como una identidad, una literatura, una historia y una narrativa común con características propias” (2009: 11). El artículo de François Moulin “Pensar el Caribe: metáforas y epifanías de un discurso archipiélico” es, quizás, el más representativo de esta elección. El autor reconoce, sin ningún tipo de pudor intelectual, que su análisis se debe insertar en una perspectiva transnacional en el contexto posmoderno de la mundialización.

Lo destacable de esta elección teórica es la nueva visión histórica que obtenemos, mucho más *diversa*, de la realidad social y cultural de estas regiones. Diversidad cultural característica, según Ma. Dolores Elizalde en su artículo “Islas en un archipiélago diverso. Viajes por las Filipinas del siglo XIX”, cuando se reflexiona sobre la “historia insular y archipiélica” de Filipinas. La autora describe, utilizando como fuentes las memorias de viajeros y residentes extranjeros, cómo el archipiélago de Filipinas es una región formada por una sociedad plural “que es el resultado de la suma y el entrelazamiento de realidades diferentes” (2009: 33).

En esta perspectiva, nos parece que el libro posee un atractivo metodológico mayor: recurrir a relatos literarios y antropológicos

para construir la historia de estos espacios y culturas unidas por la fragmentación. Quizás es el estudio de las obras de narradores y poetas, esos agentes culturales que nos permiten viajar, lo que nos ayuda a movernos sin desplazarnos, a fin de introducirnos y comprender este tipo de lugares tan indefinidos. Así lo reflejan especialmente los estudios de Ottar Ette en “El mundo como archipiélago. En torno a la dimensión transreal en la creación literaria de Amin Maalouf”, Sandra Hernández con “De la isla al golfo: proyección archipiélica en la poética insular de Nancy Morejón”, y Margarita Mateo Palmer en “El espacio fragmentado: la noción de archipiélago en la literatura caribeña”. Margarita Mateo Palmer reconoce que la noción de archipiélago ha sido una preocupación constante en la poesía del área caribeña. Pero lo interesante, según la autora, es la “peculiar forma de concebir el espacio” al poner énfasis en las relaciones entre las islas, es decir, “una manera de romper el cerco y trascender las rígidas fronteras de la insularidad” (2009: 173). Para Ette, uno de los teóricos de la globalización más importantes de los últimos veinte años, el mar no es un elemento que separa sino un espacio que comunica. Según Ette, y quizás ésta es una de las ideas más brillantes de todo el libro, la escritura de Maalouf es parte de una literatura *sin residencia fija*, es decir, obras que están “en un espacio de movimiento entre una literatura nacional y una literatura mundial” (2009: 137). Esta idea, que ya fue desarrollada por Ette en otro libro titulado *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras entre Europa y América* (2008), nos permite observar la compleja temporalidad y espacialidad de la o las historias entre diversos lugares y culturas.

El drama y la elegancia del libro es, sin duda, un tema de enfoque. Este tipo de análisis es como la experiencia histórica de estos territorios; refleja estar siempre en un interregno cultural, entre la infinitud de la diversidad a la fortaleza y cohesión de un conjunto unido. La insularidad, espacio que la historia lamentablemente se ha encargado de construir desde su aislamiento, evocadora de una condición periférica, queda ahora invertida. La isla y el archipiélago, como muestran los diferentes artículos, se convierten en generadores de nuevas ideas, nuevos agentes, nuevas representaciones. Con esto, podríamos decir que la *periferia* es el nuevo centro, es la modernidad al revés. En otras palabras, los nacionalismos de estos territorios se asentaron en el anhelo de la creación de un estado independiente, pero que sólo, cómo observa Luis Ángel Sánchez para el caso filipino en su artículo “Identidad, nacionalismo y discurso colonial en la Exposición

de Filipinas de 1887”, podría organizarse “sobre la base de un territorio que sólo la ocupación colonial había unificado” (2009: 69). Para Hélène Goujat en su artículo “¿Unión o fragmentación? El caso filipino a la luz del colonialismo español”, la clave de esta dicotomía histórica está en el estudio de la complejidad del colonialismo.

Por tanto, podemos decir que las culturas isleñas y archipiélicas que se relatan en este libro son espacios históricos culturalmente problemáticos. Por ejemplo, el artículo de Paul Estrade “El archipiélago antillano en el pensamiento europeo a comienzo del siglo de las nacionalidades”, nos muestra cómo en el pensamiento político europeo elaborado entre las revoluciones de 1789 y 1848 no hubo una preocupación por el porvenir del espacio caribeño¹. El archipiélago como unidad política, a pesar de las revoluciones independentistas de las colonias británicas y de los territorios hispanoamericanos, seguía estando ausente y la visión que las elites políticas e intelectuales del Viejo Mundo tenían no cambió respecto a la del siglo pasado.

La metáfora archipelística lleva asociada inevitablemente la idea de frontera. Pero no una frontera cualquiera: es una frontera comunicante, multidireccional y flexible. Y esto queda demostrado cuando algunos autores rastrean elementos *dispersos* de estas realidades histórico-culturales en otras geografías y sociedades. Así lo establece Renée Clémentine Lucien en su artículo “Ampliación del archipiélago cubano por los exiliados: de Cuba a la Florida” al estudiar la presencia de exiliados cubanos en La Florida. Para la autora, quien recurre con un grado de creatividad al concepto de *rizoma* desarrollado por Deleuze en los 70’s, el archipiélago cubano “fue extendiéndose en forma centrífuga” (2009: 102). Según describe, en el caso de los cubanos, desde el siglo XIX fueron convirtiendo La Florida en una expansión geográfica y cultural de su isla.

Con todo, este libro nos muestra cómo la *insularidad*, a pesar de la *continentalidad* cultural predominante, está (muy) presente en las sociedades modernas. La historia latinoamericana está llena de estas experiencias. Los espacios y las sociedades fronterizas conviven íntimamente con esta tensión. Si pudiéramos establecer las innumerables geografías culturales que la globalización ha

¹ Para Estrade (2009) el problema no es más que el reflejo del choque entre la concepción anquilosada de los políticos oficiales, que deambulaba entre el binomio orden/desorden, y la visión utópica de espíritus más visionarios.

provocado, nos daríamos cuenta de cómo un concepto territorial como isla y archipiélago adquieren una complejidad tan profunda como inmanejable. María Dolores González-Ripoll en su artículo “Archipiélago e archipiélagos: haciendo la(s) historias(s) del Caribe”, describe las diversas consideraciones que han existido sobre el Caribe, señalando cómo la definición de archipiélago es quizás una de las más imprecisas. Sin duda, los muchos *Finis Terrae* (o periferias) que el colonialismo español creó en sus territorios, alimentaron esa indeterminación. Eso explica la unidad dentro de la heterogeneidad al alero siempre de la transculturación.

Desde un punto de vista geográfico e histórico, las historias insulares y archipiélicas antillanas y filipinas que en este libro se analizan parecen no distar mucho de lo que han sido (e, incluso, siguen siendo en algunos casos) las historias coloniales de territorios como California en Nueva España o de las plazas militares de Valdivia y Chiloé en la América meridional. El extraordinario esfuerzo material que representa el libro coordinado por Moulin Civil, Naranjo Orovio y Huetz de Lempis no sólo nos deja los problemas de la(s) historia(s) de un espacio (aparentemente) fragmentado; nuestro propio análisis del libro no ha sido sincrónico, voluntariamente lo hemos fragmentado para descubrir su unidad argumental. Es un libro que, dejando atrás cualquier tipo de islas intelectuales y antípodas disciplinarias, logra trazar con brillantez los vínculos entre geografía, historicidad y cultura transnacional.